
Presentación

La Iglesia de los decenios postconciliares se ha hecho más y más consciente de la importancia de los religiosos para la evangelización. Las palabras del Documento de Santo Domingo son expresivas de esta conciencia: “La vida consagrada, como don del Espíritu Santo a su Iglesia... es manifestada por el testimonio heroico de muchas religiosas y religiosos que a partir de su singular alianza con Dios hacen presente en todas las situaciones, hasta las más difíciles, la fuerza del Evangelio” (no. 85,1).

Una serie de dinamismos contrarios a los más genuinos valores humanos y evangélicos hacen de nuestros tiempos una historia turbia de ambigüedad y segundas intenciones. No es propiamente la transparencia la nota manifestativa de la vida personal y social del mundo contemporáneo. Una abigarrada esfera de idolatrías es la expresión de las esclavitudes de hombres y mujeres, que absolutizan la riqueza, el poder, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana (cf. Puebla 491).

En su dinamismo de contraste la comunidad eclesial tiene la misión de hacer diáfano el camino de Jesús, el Hijo, dentro de esta historia de comunicación efectiva de la Trinidad. La Iglesia misma es sujeto de una conversión continua. Ella debe hacer claridad, en su peregrinación hacia el Absoluto, a sus motivaciones más profundas, para ofrecer al mundo un testimonio evangélico convincente. Nunca debe transigir con la mediocridad que tergiverse su constante interpelación a los hombres y a las mujeres, que se contentan con una vida pálida, de divorcio entre la fe que profesan y la praxis efectiva.

El Papa Paulo VI, de un modo compendioso, nos descubre lo que son los religiosos

dentro del dinamismo eclesial: “A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos” (Evangelii Nuntiandi 69,1).

Son líneas densas, que sintetizan un ideal, vivido en la dinámica del “más”. Son frases que constituyen un permanente desafío e invitan a un serio y lúcido discernimiento en el quehacer diario.

Nuestro continente latinoamericano ha sido testigo de la sincera entrega de muchos religiosos que han gestado su vida y continúan en la brecha muy cerca de los más pobres, haciendo presente el rostro amable y misericordioso de Dios. Algunos de ellos han ofrendado su persona en el supremo testimonio de Cristo.

Ante la inminencia de la Novena Asamblea Sinodal Ordinaria sobre “La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo”, Roma, Octubre 1^a 1994, nos acompaña un sentimiento de confirmación y de seguridad: la Iglesia continúa en la estima de nuestra vida consagrada. Si se la cuestiona y se la critica, es porque se quiere ver muy en alto a todos los religiosos, empeñados en una evangelización nueva y con renovado entusiasmo, y se desea la eficacia de este grupo-fermento en la Iglesia y en el mundo.

Estamos viviendo un momento salvífico crucial. Los religiosos y las religiosas del mundo entero hemos de hacer honor a los más elevados valores evangélicos. ¿No será la oportunidad de un serio discernimiento para un compromiso de veras radical en el espíritu del Sermón de la montaña?

En la presente entrega de Theologica Xaveriana queremos contribuir con algunas reflexiones, que nos ayuden a disponernos para escuchar las interpelaciones de Dios, de la Iglesia y de tantos rostros concretos del mundo entero y particularmente de nuestra América Latina.

En un primer momento ha parecido necesario y útil publicar íntegramente las convicciones y propuestas y la síntesis teológica, fruto del Congreso Internacional sobre La vida consagrada hoy: carismas en la Iglesia para el mundo, promovido por la Unión de Superiores Generales (22a Roma, 27 de Noviembre de 1993) y la

comunicación: La misión hoy: retos a los religiosos (desde América Latina), de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) para este mismo congreso.

El P. Víctor Codina, de una manera objetiva e integradora, afronta el delicado tema de la eclesialidad de la vida religiosa. Ésta supone una eclesiología confesada y vivida en función de la opción solidaria por los pobres y en comunión con todos. Es claro que este proceso supone una generosa conversión de toda la Iglesia al Señor de todos y a la misión de anuncio y realización del Reino, que se nos hace presente en Jesús ^{mucy} nuestro y resucitado. La vida religiosa debe volver a sus orígenes evangélicos y carismáticos, al don del Espíritu, que llamó a los fundadores al servicio del Reino en la Iglesia, en seguimiento de Jesús, para ser signos de esperanza en nuestra historia.

En un tema de palpitante actualidad el P. Francisco Taborda considera la inculturación a la luz del misterio de Cristo: Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; Pascua, que conduce por el sufrimiento a la purificación de los pecados y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu hace posible a todos entender, en su propia lengua, las maravillas de Dios. En una segunda parte el autor hace sus aplicaciones a la vida religiosa.

Finalmente la Hermana Carmelita de Freitas abunda en reflexiones sobre un intento de releer la identidad de la vida religiosa, desde la experiencia latinoamericana. Va siguiendo un desarrollo histórico postconciliar, en toda su riqueza de matices y nuevos desafíos.

Mario Gutiérrez J., S.J.
Decano Académico